

ENSAYO

EL MENSAJE DE ADAM SMITH EN EL LENGUAJE ACTUAL*

F. A. Hayek**

La interpretación de F. A. Hayek sobre la obra de Adam Smith es un atractivo llamado a releer la obra del pensador escocés. En este breve ensayo —originalmente el texto de una conferencia—, el economista austríaco destaca aspectos importantes de su teoría, aún vigentes, los cuales demuestran un profundo conocimiento de la naturaleza humana y de las leyes económicas.

En Smith, encuentra Hayek interesantes argumentos contra las actuales formas de socialismo.

Durante los 40 y tantos años que he estado dictando conferencias sobre la historia de la economía, siempre he encontrado especialmente difícil darlas sobre Adam Smith.

En el momento en que se llega a él, uno ha descubierto que la mayoría de las comprensiones decisivas de las cuestiones técnicas que constituyen la espina dorsal de la teoría económica —los problemas del valor y distribución y el de la moneda— habían sido anticipados, una generación antes de él, sin que Smith ni siquiera apreciara completamente la importancia de este trabajo anterior. Sin embargo, como muchos otros economistas, siento profundamente, y quiero transmitirlo, que él era, sin duda, el más grande de ellos, no sólo por su influencia sino por la comprensión y reconocimiento claro del problema central de la ciencia.

En algunos aspectos, sus sucesores inmediatos entendieron esto más claramente que nosotros. Como escribió en 1803 el editor de la *Edinburgh Review*, Francis Jeffrey, el gran objetivo de los más importantes filósofos morales escoceses Lork Kames, Adam

* Este ensayo reproduce el Capítulo XVI de *New Studies* (University of Chicago Press, 1978). Originalmente se publicó en el *Daily Telegraph* de Londres, 9 de marzo de 1976. Fue traducido y se publica con la debida autorización.

** Premio Nobel de Economía, 1974. Presidente Honorario del Centro de Estudios Públicos.

Smith y James Millar (y debería haber agregado a Adam Ferguson) fue:

Encontrar los orígenes de la historia de la sociedad en los elementos más simples y universales —y resolver todo aquello que había sido atribuido a las instituciones positivas, dentro del ámbito del desarrollo espontáneo e irresistible de ciertos principios— y mostrarlo así, con cuán poca planificación o sabiduría política se podrían haber creado los esquemas de política más complicados y aparentemente más artificiales.

Al aplicar este enfoque general al mercado, Smith pudo llevar adelante esa idea básica más allá que ninguno de sus contemporáneos. El gran logro de su famosa tesis respecto de la división del trabajo, fue reconocer que los hombres cuyos esfuerzos no estaban gobernados por necesidades concretas conocidas ni por las capacidades de los individuos que les eran más cercanos, sino por las señales abstractas de los precios de la oferta y la demanda, estaban por esa razón capacitados para participar en el enorme campo de la "gran sociedad"; que no puede ser vigilada adecuadamente por "ninguna sabiduría ni conocimiento humanos".

A pesar de la "estrechez de su comprensión", cuando el hombre individual pudo usar su propio juicio para sus propios objetivos (Smith escribió: "Para perseguir sus propios intereses a su manera dentro de un plan liberal de igualdad, libertad y justicia"), estaba en situación de dar satisfacción a los hombres y a sus necesidades y aprovecharlos en sus habilidades, aunque estos hombres estuviesen fuera del ángulo de su percepción. La gran sociedad llegó a ser posible evidentemente gracias a que los individuos no dirigían sus propios esfuerzos hacia las necesidades visibles, sino hacia aquello que representaban las señales del mercado como una probable ventaja de las entradas sobre los gastos. Las prácticas que habían enriquecido a los grandes centros comerciales demostraron ser capaces de permitir al individuo practicar más el bien y para satisfacer necesidades mayores que si se hubiese dejado guiar por las necesidades y capacidades visibles de sus vecinos.

Es un error que Adam Smith haya predicado el egoísmo: su tesis central nada dijo con respecto a cómo debían usar los individuos el aumento de sus entradas; y todas sus simpatías estaban con el uso benevolente del incremento en el ingreso. Le preocupaba cómo facilitar a la gente contribuir al producto social en la forma más amplia posible y pensaba que esto requería que se pagara en lo que valían sus servicios para quienes los solicitaban.

Sin embargo, estas enseñanzas chocaban contra un instinto profundamente arraigado que el hombre había heredado de una primitiva sociedad en estado de enfrentamiento, la horda o la tribu, en la cual, a través de cientos de miles de años, se formaron las emociones que aún los gobiernan, después de su ingreso a la sociedad abier-

ta. Estos instintos heredados demandan que el hombre persiga como objetivo hacer el bien concreto a los compañeros que le son familiares (El "vecino" de la Biblia).

Son éstos los sentimientos que aun bajo el nombre de "justicia social" rigen todas las exigencias socialistas y que comprometen fácilmente las simpatías de todos los hombres buenos, pero que son irreconciliables con la sociedad abierta a la cual deben actualmente todos los seres occidentales el nivel general de su riqueza.

La exigencia de "justicia social" para una asignación de cuotas de riqueza material a las distintas personas y grupos de acuerdo a sus necesidades o méritos, que es la base del socialismo, constituye así un atavismo, una exigencia que no puede conciliarse con la sociedad abierta en la cual el individuo puede usar su propio conocimiento para sus propios propósitos.

La gran realización de Adam Smith es el reconocimiento de que los esfuerzos de un hombre podrán beneficiar a más gente, y en general satisfacer mayores necesidades, cuando este hombre se deja guiar por las señales abstractas de los precios más que por las necesidades perceptibles, y que por este método podemos superar mejor nuestra ignorancia congénita acerca de la mayoría de los hechos particulares, y podemos también usar mejor el conocimiento de las circunstancias concretas, tan ampliamente dispersas entre millones de seres individuales.

Smith, por supuesto, no podía dirigir sus argumentos contra lo que ahora llamamos socialismo, ya que éste era desconocido en su tiempo. Pero conocía muy bien la situación general subyacente, que prefiero llamar "constructivismo", y que no aprobaría ninguna institución humana si no fuera deliberadamente diseñada y dirigida por los hombres hacia los objetivos que dictan los sentimientos heredados. Smith los llamaba "hombres de sistema"; y lo siguiente es lo que tenía que decir acerca de ello en su primera gran obra:

El hombre de sistema. . . parece imaginar que puede agrupar los diversos miembros de una gran sociedad con tanta facilidad como la mano coloca las diversas piezas sobre un tablero de ajedrez. No toma en consideración que estas piezas sobre el tablero no tienen otro principio de movimiento que aquel que le es dado por la mano, pero que en el gran tablero de ajedrez de la sociedad humana, cada pieza tiene un principio de movimiento propio, completamente diferente de aquel que las leyes quieran imponerle. Si esos dos principios coinciden y actúan en la misma dirección, el juego de la sociedad humana se desarrollará fácil y armoniosamente, y podrá llegar a ser feliz y exitoso. Si son opuestos o diferentes estos principios, el juego se desarrollará miserablemente y la sociedad humana estará eternamente en el más alto grado de desorden.

La última frase no es una mala descripción de nuestra sociedad actual. Y si perseveramos en este atavismo, y siguiendo los instintos heredados de la tribu, insistimos en imponer a esta gran sociedad principios que presuponen el conocimiento de todas las circunstancias particulares que sólo el jefe de tal sociedad podría conocer, retornaremos a la sociedad tribal.